

MEMORIA MUNDI

ATALANTA

156



DAVID FIDELER
**RESTAURAR EL ALMA
DEL MUNDO**

EL VÍNCULO VITAL QUE
NOS UNE A LA INTELIGENCIA
DE LA NATURALEZA

TRADUCCIÓN
AMELIA PÉREZ DE VILLAR



ATALANTA

2023

En cubierta: vegetal, andreas N (Pixabay),
y *Phaeodaria*, Ernst Haeckel, 1887
En guardas: *Phaeodaria*

Dirección y diseño: Jacobo Siruela

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Todos los derechos reservados

Título original: *Restoring the Soul of the World:
Our Living Bond with Nature's Intelligence*

© 2014 by David Fideler

© De la traducción: Amelia Pérez de Villar

© EDICIONES ATALANTA, S. L.

Mas Pou. Vilaür 17483. Girona. España

Teléfono: 972 79 58 05 Fax: 972 79 58 34

atalantaweb.com

ISBN: 978-84-126014-1-1

Depósito Legal: GI 333-2023

Índice

Introducción

En busca del universo vivo

13

Primera parte

El despertar a la belleza de lo natural

La humanidad y el impulso cosmológico

Capítulo 1

La cosmovisión y la luz de las estrellas

Despertar al universo

23

Capítulo 2

La belleza, el deseo y el Alma del Mundo

53

Capítulo 3

La vida en la cosmópolis

79

Capítulo 4

La luz de la naturaleza
y la imaginación alquímica

103

Capítulo 5

La exuberancia de la Tierra
y el espíritu del desierto

125

Capítulo 6

El último florecer

*El redescubrimiento del alma en
la Florencia renacentista*

141

Segunda parte

**La muerte de la naturaleza
y el principio de alienación**

Capítulo 7

La mecanización del mundo

165

Capítulo 8

En nombre de la utilidad

La explotación de la naturaleza y el declive del placer

193

Tercera parte

Anima mundi

Redescubrir el universo vivo

Capítulo 9

La psique recobrada

209

Capítulo 10

El espejo de la naturaleza

Cosmología moderna y reanimación del universo

243

Capítulo 11

El patrón que conecta a los seres vivos

Vida y mente en la naturaleza

273

Cuarta parte
Un mundo con futuro
Cultivar la vida en una comunidad global

Capítulo 12
El punto de inflexión
Regresar a casa en la era espacial
301

Capítulo 13
La alquimia del compromiso
Trabajar en colaboración con la naturaleza
317

Agradecimientos
347
Créditos de las ilustraciones
349
Notas
351
Bibliografía
379
Índice onomástico
401

*Para Almira y Benjamin,
mis dos vínculos más estrechos con el universo vivo*

Restaurar el Alma del Mundo

Introducción

En busca del universo vivo

La experiencia más bella que uno puede tener es la de lo misterioso. Es la emoción primigenia que se encuentra en el origen de todo arte o ciencia verdaderos. Aquel ajeno a esta emoción, que no sea capaz de maravillarse y conservar el rapto que provoca el asombro, estará como muerto.

ALBERT EINSTEIN

Hemos alcanzado el nivel más alto de conocimiento tecnológico al que haya llegado cualquier civilización, pero a expensas de olvidar lo que significa vivir en este mundo, en un universo vivo. Sin esta conexión –también viva– con el mundo, nuestra existencia se vuelve trivial, rutinaria y mecánica. Este distanciamiento nos lleva a preguntarnos por el sentido de la vida, entre otras cuestiones abstractas, pero tal sentido es en sí mismo una experiencia que consiste en establecer el vínculo más profundo posible con el mundo y con los demás.

Resulta extraño el modo en que la historia de la civilización occidental refleja, en determinados aspectos, las distintas fases de la vida y la evolución de los individuos. Nos iniciamos en la vida con una actitud extática de raptó, embriagados por la belleza y el milagro de nuestro origen y por las sublimes epifanías que nos rodean. El mundo se percibe, se saborea y se siente espontáneamente de muchas maneras distintas, profundas e íntimas. Mientras somos niños, el mundo encaja en nosotros como un guante. Ante

el color, el sonido o los destellos de la luz mostramos afinidad y curiosidad, y ante el rostro de una persona amada, un goce instantáneo. Durante la infancia nos invade una sensación de pertenencia y el mundo nos parece un lugar profundamente misterioso y luminoso que nos inspira admiración; no es distante ni remoto, sino parte de nuestro propio ser, algo que bulle de vida y rebosa emoción y un infinito misterio.

A medida que nos hacemos mayores todo eso empieza a cambiar. En los primeros años de nuestra vida, los sistemas educativos van erosionando nuestro entusiasmo natural y comienzan a prepararnos para el mundo adulto, con sus obligaciones y responsabilidades. No estudiamos algo para amarlo, sino para dominarlo. Aprendemos disciplina, autocontrol y trabajo duro, todo ello necesario para nuestro desarrollo personal. Sin embargo, por necesario que sea, algo se pierde en el proceso. Los mejores profesores intentan inspirar entusiasmo en sus alumnos, pero sus afanes no impiden que nuestra visión del mundo cambie poco a poco. Cuando alcanzamos la juventud, el mundo deja de ser una epifanía para devenir un objeto distante que hemos de abordar con el pertinente control para asegurarnos el éxito en la vida. Empieza a preocuparnos nuestro papel en la sociedad, y la vida se convierte en un laberinto por el que hemos de transitar con cierta previsión para poder lograr nuestros objetivos. En esencia, nos volvemos planificadores y manipuladores, y el vibrante mundo vivo, nacido de luminosas profundidades, se retrae y pasa a un segundo plano. Al prepararnos para la dura tarea que es la vida adulta, nos vemos a un tiempo fortalecidos y disminuidos.

Con la historia ha sucedido algo similar. En muchos aspectos, los pueblos antiguos y las comunidades indígenas tenían una relación harto más estrecha con el mundo que

nosotros. Aunque carecían de la autonomía racional del analítico ser moderno, el mundo era para ellos un ente vivo, numinoso y sagrado, animado por un espíritu vivo, del que formaban parte. Todos los elementos de la creación –los ríos, los árboles y las montañas– les hablaban, y ellos respondían en consonancia valiéndose de la mitología, los relatos y los cantos, haciendo gala de un vital espíritu de participación. Experimentaban directamente la afinidad que lo conecta todo, quizá de manera mucho más intensa que nosotros, los habitantes de las ciudades, que tan alejados estamos de la vitalidad de la naturaleza con nuestros aparatos y dispositivos tecnológicos. Para los pueblos antiguos, el vínculo con el planeta vivo era una *experiencia*. Para nosotros, la hipótesis de Gaia es una teoría introducida por la comunidad científica.

T. S. Eliot se preguntaba en un poema: «¿Dónde está la Vida que perdimos viviendo? / ¿Dónde la sabiduría perdida en el conocimiento? / ¿Dónde está el conocimiento que hemos perdido en información?».¹

La principal reacción a la vitalidad y el misterio de la creación son la ciencia, el arte, la filosofía y la religión. Como dijo Sócrates: «El conocimiento empieza con el asombro». Esta viva reacción al mundo sigue estando a nuestro alcance. Pero del mismo modo que el yo del individuo cristaliza, se afianza y se desplaza a otras partes de la personalidad durante su desarrollo, la creciente desconexión con el mundo natural ha desplazado nuestra capacidad de maravillarnos como colectivo a lo largo de la historia.

Los antiguos griegos veían vida y divinidad en todas las cosas. Hondamente emocionados ante el orden y la belleza de la naturaleza, los pensadores helenos comenzaron a buscar algo que les permitiera entender el cosmos y nuestra relación con él. Hasta hace muy poco, los principales filósofos

y pensadores tendían a verlo como un organismo vivo al que nos encontramos unidos y con el que participamos de la vida. En palabras de Platón, el universo es «una única Criatura Viva que contiene a todas las demás criaturas vivas».

Durante muchos siglos, desde la antigua Grecia hasta el Renacimiento, la noción de que la naturaleza era algo vivo contribuyó a mantener un saludable vínculo entre la humanidad y ese otro mundo, superior al humano, en el que nos hallamos inmersos. Estas ideas acerca de la naturaleza viva se estudiarán en la primera parte del presente libro.

En los siglos XVI y XVII surgió un nuevo espíritu analítico en gran medida de índole matemática. Asociada a los genios de la Revolución Científica, esta visión del mundo no retrataba el cosmos como algo vivo, sino como el mecanismo de un reloj eternamente en funcionamiento con arreglo a ciertas leyes eternas. En Occidente, donde estaba cristalizando un yo científico, surgió una nueva imagen de la divinidad que resultaba muy atractiva para los pensadores científicos de la Ilustración. Dios comenzó a representarse como un remoto ingeniero, divino a la par que racional, que había establecido las leyes del universo para, una vez puesto en marcha –a la manera de un gigantesco reloj que funcionaba por sí mismo–, dar un paso atrás y quedarse mirándolo como un simple espectador.

En este punto de inflexión del desarrollo de la conciencia científica, toda la realidad comenzó a representarse cada vez más en virtud de dos categorías o principios fundamentales: materia muerta, inanimada, y movimiento, que es la causa externa que insufla energía a esa materia. En este proceso, la naturaleza empezó a percibirse como algo radicalmente externo y distinto de la humanidad. Los animales, por ejemplo, se veían ahora como máquinas sin consciencia. Si uno golpeaba a un perro y éste aullaba, se trataba

de una reacción automática, equiparable al sonido emitido por el timbre de una puerta. El cosmos podía ordenarse de acuerdo con un modelo matemático, y las matemáticas nos proporcionaban el control sobre el mundo externo, percibido como un recurso que explotar y no tanto como una comunidad viva de la que los humanos participáramos. Este proceso histórico, por el que el mundo dio en comportarse como una máquina, se describe en la segunda parte del libro.

Sin embargo, aunque el modelo del universo-máquina fue de gran utilidad en algunos aspectos, no ofrecía una imagen exacta del mundo, y a lo largo del siglo pasado se demostró que prácticamente todas las premisas sobre las que se asentaba eran erróneas. Por ejemplo, la materia no se parece en absoluto a la representación que solía hacerse de ella: un sinfín de bolas de billar a las que una serie de fuerzas externas golpeaban y lanzaban en todas direcciones. En sus niveles más profundos, la materia rebosa de energía y es creativa y capaz de construir una comunidad. No carece de inteligencia: «sabe» cómo actuar en diferentes circunstancias, cómo repeler las perturbaciones externas y cómo mantener las estructuras naturales. De forma similar, los organismos vivos no se asemejan en lo más mínimo a una máquina: al igual que los seres humanos, son encarnaciones de la inteligencia evolutiva de la vida, que es consecuencia de la inteligencia natural, superior, del mundo, en el que todos tenemos nuestras raíces. En la tercera parte del libro examino los avances científicos más trascendentales, o las «revoluciones cosmológicas», que se han producido en los últimos tiempos en el terreno de la física, la astronomía y la biología, para demostrar que estos descubrimientos cuestionan los supuestos de la cosmovisión mecanicista y apuntan de nuevo a la metáfora del universo vivo, en el que no

somos espectadores distantes, sino expresiones del proceso creativo de la naturaleza, del que somos partícipes.

Toda cosmovisión sanciona unas formas específicas de concebir el mundo y de adquirir conocimiento que, a su vez, sancionan ciertas formas de relacionarse con el mundo y con los demás. En la cosmovisión mecanicista, por ejemplo, el mundo se consideraba una máquina inerte y se representaba como una colección de objetos destinados al consumo humano, mientras que la naturaleza se veía como un objeto de control científico. Francis Bacon escribió a finales del siglo XVI, haciendo uso de un lenguaje que resulta llamativo a un buen número de lectores contemporáneos, que el método científico emergente representaría a la naturaleza como «la esclava del género humano», lo que capacitaría a la humanidad para «tomar por asalto» el medio natural y establecer «el dominio del ser humano sobre el universo» (véase el cap. 8). Y aunque tal vez fue uno de los primeros en utilizar este tipo de lenguaje, su pensamiento se convirtió enseguida en una guía ética ampliamente aceptada, al menos en el plano inconsciente.

Por fortuna, el conocimiento científico –junto con las visiones míticas que lo inspiran– no deja de desarrollarse. El biólogo Edward O. Wilson lo resumió a principios del siglo XXI: «La gran pregunta de este siglo es cómo podemos virar hacia una cultura de la permanencia, tanto para nosotros mismos como para la biosfera que nos sustenta».²

Como consecuencia de la superpoblación y de la crisis medioambiental asociada, vivimos una época crítica en la historia del planeta y de la humanidad. Desde 1800 hasta hoy, la población de la Tierra se ha multiplicado por siete: de mil millones de personas a más de siete mil. Sólo en el último siglo se ha cuadruplicado, y en la actualidad atravesamos un período de sobreexplotación o sobrecapacidad

ecológica. Al planeta le cuesta más de un año absorber y regenerar todo lo que los humanos extraen de él en un año.

En el plano simbólico se produjo un punto de inflexión crucial para nosotros cuando al fin fuimos capaces de mirar atrás y contemplar desde el espacio la frágil belleza del planeta que habitamos. Esta visión, que analizo en el capítulo 12, transformó nuestra manera de pensar en el mundo y en el lugar que ocupamos en él. Tras esas imágenes que tanto nos sorprendieron y que se han ampliado con muchas otras, nadie puede seguir comportándose como un simple espectador disociado de la Tierra cuando piensa en ella. Al contemplar desde el espacio la conmovedora belleza de nuestro planeta, intuitivamente nos damos cuenta de que todas las formas de vida están conectadas y se enfrentan a un destino común. Y entonces nos sentimos partícipes de ese tejido de vida y ya no meros espectadores.

La idea de que la naturaleza posee una inteligencia viva no sólo es motivo de interés histórico o académico; he escrito este libro partiendo de la creencia, muy arraigada en mí, de lo necesaria que es una cosmovisión más profunda y precisa para que las generaciones futuras puedan habitar un mundo hermoso y floreciente en el que valga la pena vivir. En este sentido, *Restaurar el Alma del Mundo* no habla del pasado, sino de nuestro presente y del porvenir. En la cuarta parte expongo cómo estamos comenzando a apreciar síntomas de una cosmovisión emergente que no se basa en la explotación, sino en la idea de aprender de la naturaleza y colaborar con su inteligencia para crear un mundo mejor, más saludable y satisfactorio para todos. Si queremos que tanto los seres humanos como nuestro planeta vivo tengan un futuro floreciente, debemos pensar que ya cesó el tiempo en el que nos creíamos dueños y señores de la naturaleza. La alternativa al control es un espíritu asociativo en el que

trabajemos en colaboración con la naturaleza y sus sistemas, un tema que abordo en el último capítulo.

En su nivel más profundo, la nueva ciencia del diseño ecológico nos muestra cómo podemos resolver nuestros problemas más perentorios en cuanto seres humanos recurriendo al genio que ha diseñado la naturaleza, que la ha desarrollado y sometido a pruebas a lo largo de tres mil ochocientos millones de años. El biólogo John Todd ha demostrado con un sorprendente ejemplo que es posible colaborar con comunidades de organismos vivos para convertir las aguas residuales en agua pura y recuperar de este modo algunos de los vertederos más tóxicos de la humanidad.

Al purificar litros de agua altamente contaminada con la ayuda de organismos vivos, Todd ha puesto de manifiesto que es posible regenerar un ecosistema degradado en semanas o meses, cuando en circunstancias normales se preciarían décadas, incluso siglos. Y aunque la extinción de las especies no es reversible, los sistemas vivos de la Tierra son hasta cierto punto resilientes y permiten la regeneración. Ya sabemos cómo lograrlo. Si dispusiéramos del amor, el deseo y la voluntad necesarios para llevarlo a cabo mediante el empleo del diseño ecológico, los seres humanos podríamos reducir nuestra huella ecológica trabajando en verdadera colaboración con la naturaleza.

Primera parte

El despertar a la belleza de lo natural *La humanidad y el impulso cosmológico*

El universo astronómico es un infinito sensual.

CECIL COLLINS

Capítulo 1

La cosmovisión y la luz de las estrellas *Despertar al universo*

Todo empieza con la luz de las estrellas.

Nuestro intelecto es capaz de clasificar y establecer categorías. Durante el día tenemos una serie de tareas que hacer, de papeles que desempeñar. En cambio, por la noche, a la luz de las estrellas, surge otra forma de conocimiento. Las fronteras se difuminan y nos sentimos en comunión con las estrellas que lucen en lo alto. El fuego que arde en ellas es el mismo que arde en nosotros.

He sentido fascinación por las estrellas desde que era niño. Como crecí lejos de las luces de la ciudad, sabía bien lo que significaba verse envuelto en la oscuridad nocturna. En medio de la oscuridad, negra como un pozo, de las noches de verano, mi casa era una isla de luz y tranquilidad, inmersa en la vida del universo. Por las ventanas abiertas entraba el canto de los grillos, que me impulsaba a salir y adentrarme en el telón de terciopelo de la noche. La hipnótica voz de los insectos hablaba de misterios y reflejaba las vivas profundidades de la Tierra, la vibración primigenia del ritmo y el instinto de los que surge el tejido de la vida. No-

sotros, los humanos, podemos enorgullecernos de ser más inteligentes que los grillos, pero ellos llevan toda la eternidad cantando a las estrellas. Si alguna catástrofe afectara a la raza humana, si nuestras ciudades, centros comerciales y logros técnicos se vieran un día invadidos por el mundo natural del que han emergido y éste los reclamara, los grillos seguirían ahí cientos de años después, cantando a las estrellas. Al participar de su coro, rozamos un misterio ancestral y sentimos de manera palpable la música y los ritmos eternos de los que hemos surgido.

Al salir a la calidez de cualquier noche de verano, mi voz se unía al coro de ese mundo al que pertenecía. Me acercaba a la oscuridad atravesando la frontera de luz que rodeaba nuestra casa, acompañado por un amigo o por mi padre. Lo que durante el día permanecía fuera de la vista se manifestaba en la hora más oscura. El alma de la naturaleza revelaba la exuberancia de esa vida oculta tras el aterciopelado tapiz de polillas y diminutos insectos que cubría las mosquiteras y danzaba a la luz de los faroles del patio. Esas criaturas hibernaban en algún lugar durante el día, a la espera de que llegara la noche para salir y vibrar al abrigo de la negrura. El Sol puede esconder todo lo que es sutil y delicado. La noche es el momento de la regeneración, el momento de establecer contacto con todo lo que el intenso resplandor del mediodía ha mantenido oculto.

Al alejarnos de la casa y caminar por la senda que llevaba a la carretera, la luz iba disminuyendo y el cielo de la noche se mostraba en todo su esplendor. La oscuridad puede atemorizarnos o desorientarnos cuando nos adentramos en el coro de insectos y en las tenebrosas profundidades del mundo. Nuestro yo busca el control y la certeza, porque nos asustan los obstáculos que no vemos y las criaturas que pueden merodear entre los árboles. Pero yo, cuando

los sonidos de la noche comenzaban a impulsarme hacia delante, me liberaba de toda duda. Y de repente aparecían las luminosas estrellas, relucientes como diamantes o gemas coloridas, y una sensación de asombro y sorpresa se superponía a la frágil timidez del yo. Bajo la centelleante cubierta de las estrellas, nuestras almas se abren a las honduras del universo. Subyugados por un sentido de admiración y pertenencia, nuestros miedos comienzan a disiparse.

Qué sabemos de las estrellas: filosofía, ciencia y contemplación

Si nunca hubiéramos visto las estrellas, el Sol, el cielo, nunca se habrían pronunciado las palabras con las que hemos descrito el universo. La visión del día y la noche y el paso de los meses y los años han creado el número y nos han regalado el concepto de tiempo y el poder de inquirir la naturaleza del universo; de esta fuente ha surgido la filosofía, lo más grande que los dioses han concedido o concederán jamás al hombre mortal.

PLATÓN

Interesarnos por el lugar que ocupamos en la disposición del cosmos es el comienzo de toda filosofía, ciencia y religión. Y las estrellas, más que cualquier otra cosa, nos intimidan, nos inspiran asombro y nos impulsan a la contemplación.

Platón lo resumió perfectamente: con su movimiento cíclico y regular, estrellas y planetas establecen patrones y ritmos. Estos ritmos nos enseñan el número, un concepto cuyo desarrollo desemboca en las matemáticas. Las matemáticas nos permiten investigar el orden natural, lo que da lugar a la filosofía y a la ciencia.

«David Fideler es un pensador y erudito de primera fila, y este libro es una síntesis brillante y accesible, muy bien escrita, de sus conocimientos históricos, científicos y filosóficos. Al contemplar todos los campos de la cultura humana, desde la teología hasta la poesía, desde la astrofísica hasta la biología, esta obra es el más edificante y optimista compromiso para restaurar el mágico mundo natural que nos rodea.»

Tom Cheetham

«*Restaurar el Alma del Mundo* es el libro de mayor alcance para comprender en profundidad nuestra íntima conexión con el cosmos. Fideler hace un repaso de antiguas tradiciones olvidadas y de ciertas maneras de entender la naturaleza y a nosotros mismos mientras estudia, como nadie había hecho antes, nuestra relación con la inteligencia del mundo natural. Todo un clásico.»

Arthur Versluis

Al revelarnos nuevas conexiones entre la ciencia, la religión y la cultura, David Fideler nos muestra cómo colaborar con la sutil inteligencia de la naturaleza en muchas de sus manifestaciones, a la vez que nos proporciona un mapa para restaurar tanto nuestra vida anímica como la del planeta a la luz de la antigua idea de la inteligencia creativa de la naturaleza.

David Fideler estudió Filosofía y Religiones Antiguas en la Universidad de Pensilvania, donde se doctoró en Filosofía e Historia de la Ciencia. Es editor de *The Pythagorean Sourcebook and Library*, de la revista *Alexandria* (sobre cosmología, filosofía, mitología y cultura) y de la página web del Cosmopolis Project.

